

Reseña crítica – ¿Por qué es importante la música en la etapa 0-6?

Libro: La música en la escuela infantil – Judith Akoschky y otras

El texto propone una reflexión amplia y fundamentada sobre el lugar que ocupa la música en la educación de la primera infancia, reconociéndose como una experiencia esencial en el desarrollo integral de los niños y niñas entre los 0 y 6 años. Desde una perspectiva pedagógica, las autoras sostienen que la música no debe ser concebida como un complemento dentro del aula, sino como un lenguaje propio de la infancia que permite a los niños relacionarse con su entorno, expresar emociones y construir significados desde edades muy tempranas. En este sentido, la experiencia musical se configura como una forma de conocimiento que antecede y acompaña otros procesos, como el desarrollo del lenguaje verbal.

El texto enfatiza que los niños nacen con una disposición natural hacia lo sonoro, lo rítmico y lo corporal. Esta sensibilidad inicial constituye una base fundamental para el aprendizaje, ya que a través de la exploración de sonidos, silencios, movimientos y ritmos, los niños comienzan a comprender el mundo que los rodea. La música, entonces, no solo se presenta como una actividad artística, sino como una forma de pensamiento y de interacción que potencia el desarrollo cognitivo, emocional y social. En este sentido, se reconoce que la experiencia musical favorece procesos como la atención, la memoria, la discriminación auditiva y la capacidad de anticipación, aspectos clave en la construcción de aprendizajes significativos.

En relación con el desarrollo del lenguaje, la música cumple un papel especialmente relevante, ya que permite a los niños reconocer patrones sonoros, entonaciones y estructuras rítmicas que posteriormente se vinculan con la adquisición del lenguaje verbal. Asimismo, en el plano emocional, la música se convierte en un medio privilegiado para la expresión de sentimientos, facilitando que los niños comuniquen aquello que aún no pueden nombrar con palabras. A nivel social, las experiencias musicales compartidas promueven la interacción, la cooperación y la construcción de vínculos, aspectos fundamentales en la educación infantil.

No obstante, a pesar de estos aportes, el texto plantea una crítica significativa a las prácticas pedagógicas tradicionales en torno a la música. En muchos contextos educativos, la música se reduce a la repetición de canciones, a la memorización de letras o a su uso como recurso para acompañar rutinas. Esta mirada limita su potencial formativo, ya que la convierte en una actividad mecánica y descontextualizada, en lugar de una experiencia de exploración, creación y expresión. De este modo, se evidencia una tensión entre el reconocimiento teórico de la importancia de la música y su implementación real en el aula.

A partir de esta problemática, el análisis crítico se orienta hacia el papel de las maestras de primera infancia, quienes tienen la responsabilidad de mediar las experiencias musicales en el contexto educativo. La manera en que la docente comprende la música influye directamente en la forma en que esta se incorpora en la práctica pedagógica. Cuando la música es entendida únicamente como una herramienta funcional, su uso se limita a fines organizativos o recreativos; sin embargo, cuando se reconoce como un lenguaje y una experiencia formativa, adquiere un lugar central en el proceso educativo.

En este sentido, resulta fundamental cuestionar la visión instrumental de la música en la educación infantil. Si bien puede cumplir funciones didácticas específicas, su valor no se agota en su utilidad inmediata. La música también tiene un carácter formativo que incide en la construcción de la identidad profesional de las maestras. Incorporarla en la práctica pedagógica implica desarrollar una sensibilidad particular hacia el sonido, el ritmo, el cuerpo y la expresión, elementos que son esenciales en el trabajo con la primera infancia.

Desde esta perspectiva, la música no solo transforma las experiencias de aprendizaje de los niños, sino también la manera en que las maestras se relacionan con su práctica. Una docente que se apropia de la música como parte de su formación desarrolla una mayor capacidad de escucha, una disposición más abierta a la creatividad y una actitud más flexible frente a los procesos educativos. Esto permite generar ambientes de aprendizaje más dinámicos, donde se valora la exploración, la participación y la expresión individual y colectiva.

Sin embargo, es importante reconocer que esta integración de la música en la práctica docente enfrenta diversas limitaciones. Una de las principales dificultades es la falta de formación en educación musical dentro de los programas de formación docente. Esta situación genera inseguridad en las maestras, quienes en muchos casos sienten que no cuentan con las herramientas necesarias para trabajar la música de manera adecuada. Como resultado, se recurre a prácticas repetitivas o a la utilización de recursos preestablecidos, lo que limita la posibilidad de generar experiencias significativas.

Esta problemática pone en evidencia la necesidad de replantear la formación de las maestras de primera infancia, incorporando la música como un componente fundamental y no como un saber accesorio. La formación musical no debe centrarse únicamente en aspectos técnicos, sino en la construcción de una relación significativa con la música, que permita a las docentes comprender su valor pedagógico y su potencial transformador.

Desde una postura personal, considero que la música en la etapa de 0 a 6 años es fundamental, tanto para el desarrollo de los niños como para la construcción de una práctica pedagógica más consciente y sensible. La música permite a los niños explorar el mundo desde una dimensión diferente, en la que el cuerpo, el sonido y la emoción se articulan de manera natural. Además, facilita la creación de ambientes de aprendizaje más acogedores, donde los niños se sienten libres para expresarse y participar.

Asimismo, considero que la música fortalece el vínculo entre la maestra y los niños, ya que genera espacios de encuentro basados en la escucha, la interacción y la expresión compartida. Esto es especialmente importante en la primera infancia, donde las relaciones afectivas cumplen un papel central en el aprendizaje. Una maestra que integra la música en su práctica no solo transmite conocimientos, sino que también construye experiencias significativas que impactan en el desarrollo integral de los niños.

De igual manera, es importante resaltar que la música no debe limitarse a un momento específico dentro de la jornada educativa, sino que puede integrarse de manera transversal en diferentes situaciones: en el juego, en las rutinas, en la exploración del entorno y en las interacciones cotidianas. Esta integración requiere que la maestra se apropie de la música como parte de su identidad pedagógica, superando la idea de que se trata únicamente de una estrategia didáctica.

En conclusión, el texto analizado permite comprender que la música es un elemento esencial en la educación infantil, no solo por los beneficios que aporta al desarrollo de los niños, sino también por su capacidad de transformar la práctica docente. La música no debe ser entendida únicamente como una herramienta, sino como una experiencia formativa que atraviesa el quehacer pedagógico. En este sentido, su integración en la educación infantil implica un cambio de mirada, en el que se reconozca su valor como lenguaje, como forma de conocimiento y como medio de construcción de relaciones significativas. Así, la música se convierte en un elemento clave para promover una educación más integral, sensible y coherente con las necesidades de la primera infancia.